

Trece amores*

María Bonilla**

I.

De la fascinación a la incompreensión.

Del compromiso al desprecio.

El hacedor de sueños se entrega a su quehacer, a su tiempo y al otro; aunque a menudo se descubre escindido, inútil, amargo.

Trece escenarios...

Trece ciudades...

Trece años...

Trece conversaciones nocturnas...

Trece alucinaciones que fueron verdad...

Y un solo pensamiento en mis páginas en blanco: registrar mi historia a medida que se iba construyendo, con la confianza en los testigos que sí estuvieron allí.

Porque todas las ciudades del mundo tienen su propia historia. Desligada de nosotros. A pesar de nosotros.

Porque también su historia está escrita por aquellos que las vivieron. Por mí, cada vez que las viví.

Son tesoros de amor inscritos en piedra y en esta historia, son testimonio de que amé en ellas y valió la pena.

Tratar de construirse una identidad, un proceso de inicio, conflicto y desenlace de la vida, a través de los amores y las ciudades en las que se amó.

Que el tema deje de ser el mundo histórico sino una misma.

Porque *escribir nos enseña nuestros misterios*, como creía Marie de L'Incarnation.

Tal vez porque *nunca es demasiado tarde para ser lo que uno debería haber sido*, como pensaba George Eliot.

Nacer en una encrucijada de clases, construirse una imagen distinta, poder imponerse una biografía distinta, inventarse a sí misma, inventarse su propio mito, ser, finalmente, una mitómana de sí misma.

¿Cómo se va más allá de la propia biografía?

Crearse su propio personaje para andar por la vida, como James Dean... aunque uno termine siendo víctima de él.

¿No siempre terminamos siendo víctimas de algún otro que no somos nosotros? Peor aún... ¿no siempre terminamos siendo víctimas de nosotros mismos?

Pero, ¿qué hacer cuando el personaje hace silencio y deja de hablarnos?

¿Y qué le pasa a él si soy yo la que dejo de hablarle y hago silencio?

¿Quién es ésa que de pronto, sí fui?

II.

Pero también...

Trece cementerios...

Porque todas las ciudades del mundo esconden en sus cementerios, otras versiones de su historia.

Legendarias algunas, olvidadas otras.

Pedazos del pasado que las resguardan y nos miran desde los ojos de los ángeles de mármol guardianes de la muerte.

Inmovilizaciones del tiempo, para siempre.

Lugares donde la utopía se hace carne (¿o polvo?) y el cuerpo, ya no es.

Deja de ser, de torturarnos, de recordarnos que de alguna manera, ese cuerpo, soy yo.

Y entonces sí, morir en esa encrucijada de clases, en esa imagen distinta, en esa biografía distinta, inventarse en la muerte misma, en el propio mito, en la mitomanía de sí misma.

Es cierto. Una parte importante de la historia de las ciudades puede rastrearse en sus cementerios, pero no sólo por los hijos ilustres y los seres anónimos queridos que permanecen en ellos, sino también porque la forma de conservar y respetar a nuestros antepasados, habla de la idea que tenemos de nuestro paso por el mundo.

¿Cómo ir de la biografía inventada a la muerte?

Vivir detenidamente, en la muerte, ese propio personaje con el que se anduvo por la vida...

¿Quién es ésa que de pronto, sí fui, pero que ya no soy más?

*Fragmento de la novela inédita, *El enigma de mis trece amores*.

**Narradora, directora de teatro, actriz y profesora de la Universidad de Costa Rica.